UNA SUPLICA. (11)

El fruto soy de vuestro amor pasado,
Hechura vuestra soy, padre querido,
Vos me dísteis el sér, yo lo he sabido,
Y á vuestras plantas me tenéis postrado.
¿Cuál delito, de vos me ha separado?
¿Qué crímen contra vos he cometido?
¿La culpa tengo yo de haber nacido?
Para eso no me hubiérais engendrado.
Que me *reconozcáis* solo os exijo,
Que mi existencia á vuestro pecho cuadre,
Que me miréis con un amor prolijo,
Y aunque olvidéis á mi infelice madre
No me neguéis el título de hijo,
Pues vos siempre, Señor, seréis mi padre.

EN LOS DIAS DE D.ª CRISTINA DE BORBON.

¿Oís, oís el cántico sonoro
Que alzan los génios en acorde acento
Y acompaña en el sacro firmamento
La heróica Fama con su trompa de oro?
¿De las aves oís el son canoro,
El belicoso obus que ajita el viento,
Y esparcir por doquier vida y contento
Las bellas ninfas del Castalio coro?
Pues cuadro tal con célicos pinceles
Trazó el Eterno; cuya voz divina
Manda inmutable en sus decretos fieles,
Paz á la Iberia, á la Discordia ruina,
Dicha á los buenos, á Isabel laureles,
Y honor y gloria á la inmortal Cristina.

DESENCANTO.

En otro tiempo vime colocado
Bajo el rico dosel de la alegría:
A un lado la ilusión leda tenía,
Y el divino placer al otro lado:
Entonce en el deleite enajenado
Mi corazón sin padecer latía,
Y mi existencia plácida corría
Bajo un cielo bellísimo y dorado.

Pero todo voló cual débil humo,
Y hoy tenaz me persigue la desdicha
Y en bárbaro tormento me consumo:
Por eso ya no canto, y no te asombres,
Que si amor de los hombres es la dicha
Ya no quiero la dicha de los hombres.

AL S^R. D. MANUEL FRANCISCO GARCIA

Cura Parroco.

Por la difícil y escarpada vía,
De la inmortalidad diva y sagrada,
Iban, las Casas, Fenelón y Espada,
Y otro varon egregio les seguía.
Un querub del Empíreo descendía,
Y al posarse en su frente inmaculada,
De laurel celestial dejóla ornada,
Exclamando al partir—«salud, García.»
Disfruta el lauro que te dá la historia,
De la casa de Dios, ministro santo;
Y cuando vueles á la eterna gloria,
De cada boca escucharás un canto,
Siendo de la virtud sublime ejemplo,
Y en cada corazón tendrás un templo.

A D. FRANCISCO JAVIER FOXA

Autor del drama histórico «D. PEDRO DE CASTILLA».

Génio fecundo en cuya frente brilla
Clara estrella de lumbre inspiradora,
Inmensa y pura, como el sol que dora
El cielo azul de tu paterna Antilla.
Vate y guerrero, cual moderno Ercilla
Diadema de laurel tu sien decora,
Y al eco de tu cítara sonora
Torna á vivir D. Pedro de Castilla.
Si arde tu corazón en viva llama
Por morar en el templo de Memoria,
Si la inmortalidad tu pecho inflama,
Pide asuntos sangrientos á la Historia,
Y harás tu nombre digno de la Fama,
Que así se arrancan palmas á la gloria.

EL AGUINALDO (12)

A Amira.

En el jardin de Vénus los amores
Revolaban con plácida alegría
Cuando el dios de los astros esparcía
En Oriente sus vivos resplandores:
Las fuentes y los pájaros cantores
Sonaban con acorde melodía,
Y un dulce acento entre ellos me decía
Que te brindara el *Aguinaldo en flores.*
Vénus misma me dió con rostro ledo
Aquesta pucha que al mandarte admiro,
Ni aguinaldo mejor brindarte puedo
Que en ramo de esmeralda oro y zafiro,
Cuyos colores en las flores cedo;
Y en fin, en cada flor pongo un suspiro.

A JOSÉ JACINTO MILANES

Autor de «El Conde Alarcos».

Salve á tu nombre, trovador preclaro,
De inspiración y de modestia lleno,
Más que las ondas del San Juan sereno,
Como el cielo de Cuba terso y raro.
El «Conde Alarcos», á tu patria caro,
Ensalza un vate de lisonja ajeno,
Como del Nilo al desemboque ameno
Cantaba Homero de Roseta el *Faro;*
Y Matánzas después que te bendiga
Cual Grecia á los Esquines y *Plutarcos,*
Si el hado injusto á perecer te obliga,
Viendo en tí sus *Flumisbos,* sus Inarcos,
Pondrá en tu losa una inscripción que diga:
Aquí yace el autor del Conde Alarcos.

A D. ANTONIO HERMOSILLA.

Ayes de pena la vivaz Thalia,
Velado el rostro en funerario manto,
Daba á los aires con fatal quebranto
De Talma y Maiquez en la tumba fría.
«¿Quién honrará mi templo?» repetía
La triste musa con doliente canto,
Y regaba las flores con el *llanto,*
Y la esfera su acento estremecía.

Un génio entonces del Olimpo, *alado,*
Bajó trayendo dulce y complaciente
Aurea diadema del laurel sagrado:
«Al que ciña este emblema refulgente»
Dijo, y cruzó por la cubana Antilla
Coronando la frente de Hermosilla.

EL ENTUSIASMO

Al pianista Miro.

Al verte, artista hispano, modulando,
Mi corazón de gozo se adormece,
Y que están en tus dedos me parece
La Gracia, el Génio, y el Amor jugando.
No ceses por piedad, sigue extasiando
Al concurso que víctores te ofrece,
Que no tan grato el céfiro se mece,
Entre jazmines con susurro blando,
Cual el dulce raudal de esa armonía
Que arranca tu arte del marfil sonoro,
Revelando que en májica poesía
Encierra tu alma un celestial tesoro,
Así todos te brindan á porfía,
Diademas de laurel, coronas de oro.

A D. EDUARDO TORRES

En el aria de Asur.

Eres el mismo Asur, cuando se lanza
Donde los manes, que terror le imprimen
Del Régio esposo envenenado, gimen
Deseosos de sangre y de matanza.
Espectro horrible tu cabeza afianza,
Y en confuso tropel tu pecho oprimen
La desesperación, la rabia, el crímen.
Los celos, la ambición, y la venganza.
Tu mirar imponente y gesto adusto
Deja al espectador suspenso, helado
De admiración, de pena, espanto y susto:
Aclamándote el pueblo entusiasmado
Al concederte inmarcesible palma,
Rival de Prieto, imitador de Talma.

A UN AMIGO

En sus Natales.

En la márgen de un límpido arroyuelo
Que entre dos alas de clavel camina,
Y retrata la estrella matutina
Sobre su linfa de luciente hielo,
Templé mi lira, cuando en raudo vuelo
Un planeta á la tierra se avecina,
Y risueña tras él, Temis divina
En áureo carro descendió del cielo.
«Salve á la Fuente que mi nombre acata»
«Gloria al natal del que mi templo adora,»
Tal dijo, y ¡Salve!.... repitiendo grata,
Perdióse la visión encantadora
Tras los celajes de esplendente plata
Que velaban el rostro de la aurora.

A LA S^RA. D.^A TERESA ROSSI

En el papel de Fausta.

¿Quién no se rinde al armonioso canto
Que en tu pecho dulcísimo atesoras,
Si alegre expresas el placer, ó lloras
Herida el alma de mortal quebranto?
¿De dónde hubiste el celestial encanto
Y la tierna expresión con que enamoras,
Sensible Rossi, en las felices horas
Que arrancas vivas mil y aplausos tantos?
¡Oh fuerza de tu mágia peregrina!
El entusiasmo férvido no calma
Y esa nueva corona te destina:
Que en Fausta obtienes merecida palma
Cuando al acento de tu voz divina
Se inflama el pecho, se enagena el alma.

A LA S^RA. ROSSI.

Trasunto fiel de Erato peregrina
Que viertes tanto gozo en tus canciones
Cual de un tierno rosal en los festones
Perlas llueve la estrella matutina,
Yo en el *Tasso* te ví, mujer divina,
Cubierta de loor y aclamaciones,
Cautivando en la «Norma» corazones,
Almas arrebatando en «Parisina.»

Tus encantos los númenes revelan,
Y los mortales que tu voz extásia
Con inefable gozo dar anhelan
Más lauros á tu sien, moderna Aspasia,
Que tiene olas el mar, y arenas vuelan
Por los desiertos áridos del Asia.

A LAS S^RAS. ROSSI Y PANTANELLI

En el tercer acto del «Montechi.»

Rie el Eterno, el huracán serena,
Si vuestro acento su potencia adora;
Si vertéis llanto, el firmamento llora,
Si estáis airadas, el olimpo truena.
Un ¡ay! profundo en el sepulcro suena
¡Julieta! ¡vive aun! ¡funesta hora!
Y al explicar la llama que os devora
Dejáis de conmoción el alma llena.
Lesvia preciosa que con rostro fijo
Estática os estaba contemplando,
Por que es su pecho de las musas hijo,
Con sus ojos de fuego señalando
A *Teresina* y á *Clorinda*, dijo:
«Así se muere por amor, cantando.»

A CLORINDA CORRADI PANTANELLI. (13)

Si es grato el bello Sol, al claro día
Un cielo puro, un aire embalsamado,
No menos place el eco regalado
Que tu voz ¡oh Clorinda! al alma envía.
Ya reina te aclamó de la armonía
El público de gozo enagenado,
Ora inspire el placer tu canto osado,
O la música tétrica y sombría.
Y al ver como tu mérito descuella,
Los que tú llenas de entusiasmo ardiente,
Te ofrecen hoy esa corona bella.
¡Oh! que ella ciña tu apacible frente
Y luzca acaso como hermosa estrella
Que domina en el cielo refulgente.

A LAS S^RAS. PANTANELLI Y ROSSI.

¿Qué deidades, qué acento melodioso,
Alumnas de la sacra Mnemosina,
Suspenden mi corriente cristalina
Y al borde suena de mi cáuce undoso?
Ya dulce, ya apacible, ya impetuoso
Es vuestro canto; y á su acción divina,
El Etna esencias de azahar fulmina,
«Para su marcha el Niágara espumoso.»
Dijo el sereno Yumurí: las flores
Perfumaron de aromas sus riberas,
Vuelan á coronaros los amores
Seguidos de sus ninfas hechiceras;
Y llevó vuestros nombres la memoria
Al olímpico templo de la Gloria.

A MARIETA ALBINI DE VELLANI.

Del Abril con las flores coronado,
Suspendiendo apacible su corriente,
Oyó el San Juan con entusiasmo ardiente,
Hija de Italia, tu cantar arpado:
Alzó hasta el cielo de placer colmado
El himno al Génio que brilló en tu frente;
Y al «Mai Più» celestial, plácidamente
Meciera el Arno su raudal plateado.
Resonaron las arpas con su acento:
Morlachi absorto se admiró, y Rossini:
Callan las aves, se detiene el viento;
Y la sombra inmortal del gran Bellini,
De su fama dejando el réjio asiento,
Clamando ¡Gloria! coronó á la Albini.

A D.^A VICENTA DE LA PUERTA

En el papel de Ginebra.

Amor pedías, cuando «¡amor!» clamabas,
Ginebra hermosa, al derramar tu lloro,
Y al salir de tu boca un «yo te adoro»
Amor y gloria al corazón mandabas:
Cuando pálida y yerta te encontrabas
Flotando al viento tu cabellos de oro
En las tumbas tristísimas, en coro
Lloraron todos, porque tú llorabas.

Lloraron ¡ay! y tu aflicción sintieron
Allá en el alma como un dardo ardiente,
Que de tus ojos desprenderse vieron,
Y á tus miradas, de dolor vehemente,
Y á la expresión que á tu pesar le dieron.
Bajó el amor y se posó en tu frente.

A. D.^A MANUELA MARTINEZ

En Raquel.

De una trama terrible y horrorosa,
Víctima de tu amor cayó tu anhelo,
Como del austro al furibundo vuelo
Cae deshojada purpurina rosa.
La homicida cuchilla desastrosa
En tí descarga de la pátria el celo,
Y al fanático golpe tiñe el suelo
Sangre inocente de Raquel hermosa.
Melpómene iracunda el cintio coro
Deja por contemplar tu amante llama,
En tu muerte vertiendo triste lloro;
Fija en tu fruente inmarcesible rama,
Y te suspende con sus alas de oro
Al olímpico templo de la fama.

A D.^A LUISA MARTINEZ

En el papel de la Gitana del Trovador.

Salud, la de los ojos centellantes,
La del color quebrado y mirar ledo,
La del pelo rizado y sin enredo
Suelto à la espalda en crenchas ondeantes.
Tú pintastes con rasgos más brillantes
Que los puso el autor, el susto, el miedo;
Y empapada en las sales de Quevedo
Has bebido el aliento de Cervántes. (14)
Terciado el manto, afables zalameras
Todas son en la alcurnia bohemiana:
—«¡Esa es bruja!»—clamaban mil parleras
Voces al ver tu gracia sobre-humana:
Y dijo el vulgo bien, que bruja eras;
Pues lo hechizaste en forma de Gitana.

A D.ª VICENTA DE LA PUERTA

En el «Conde de Alarcos».

¡Eres Leonor!.... la que amorosa un día
Mostróle á Alarcos su pasión ardiente,
Y tu lábio divino solamente
Copiar su lábio y su expresion sabía:
Solo en tus ojos destellar podía
Puro el candor da un angel inocente
Y la mirada plácida, vehemente,
Del fuego amante en que Leonor ardía.
Y al entusiasmo que tu voz derrama,
Y á tu expresión y à tu ademan divino,
Henchida el alma de placer te aclama;
Y de las flores que adornó la zona
Con larga mano su feliz destino,
Manda á tu frente tropical corona.

A LA ACTRIZ D.ª MANUELA MARTINEZ

En la comedia «Un año después de la Boda».

¿Dó vas? ¿Qué vas á hacer, desventurado?
Oye á tu esposa suplicar doliente;
Mírala en el abismo que imprudente
Tu imbécil ambición la ha sepultado;
De un seductor astuto alucinado,
Y sumiso à la voz de un insolente,
Insultas la virtud de esta inocente,
Siendo tu corazón solo el culpado.
Así clamara yo; mas tu desmayo
Corta el duelo y obtiene aplausos miles:
¿Qué mucho, pues? si tu feliz ensayo
Hecho en tiempo de bélicos gentiles,
Contuviera de Júpiter el rayo,
Suspendiera la cólera de Aquiles.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Torva nube que arroja escarcha fría
Rayos aborta que al mortal espantan;
De las tumbas los muertos se levantan,
Treme la tierra y se oscurece el día:
Las crespas olas de la mar bravía
Cabe las duras rocas se quebrantan,
Ni el río corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al Universo envía:

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandato»
Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado,
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

A LA RESURRECCION.

¿Qué nueva luz más fúlgida que el día
Gloriosa nube de esplendor radiante,
De ámbares, y querubes, y diamante,
Puebla del aire la region vacía?
Es Jesucristo, el hijo de María,
Es el Rey de los Reyes que triunfante
Alza el divino cuerpo centellante
Del polvo inmundo que su faz cubría.
¡Salve, Dios de Israel! ya Magdalena
Albricias pide á vuestra virgen madre
Tornando en gozo la pasada pena;
Y por más que Luzbel rabioso ladre,
Subir os vé con majestad serena
Al Trono excelso del Eterno Padre.

AL ANIVERSARIO

de la muerte de Napoleon.

El Aguila caudal dejando el Sena,
Bate sus alas al rayar el día,
Y de los aires la región vacía
Mide veloz con majestad serena:
Baja, y tiende la garra en Santa Elena
Con que á la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa *fría*
Que yerto cubre el vencedor de Jena.
Suspende al fin el mármol *atrevida*,
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida....!
Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De Bonaparte el nombre al Sol levanta,
Su muerte llora, y sus victorias canta.

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heróica frente.
Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente:
El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al oceano:
Tórnanle á echar las ondas y los vientos,
No encuentra humanidad el inhumano...
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

LA SOMBRA DE MINA

Delante de Bilbao.

Mientras la fiera horda de canallas
Con algazara súbita fulmina
A la invencible gente bilbaina
Lluvia horrenda de bombas y metrallas,
Partió de sus numánticas murallas
La heróica sombra del invicto Mina,
Pura cual rayo de la luz divina,
Tremenda como el Dios de las batallas.
—«Añada en mi sepulcro el vate Ibero
Un triunfo más á mi brillante historia»—
Dijo la sombra del audaz guerrero;
Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al templo de la Gloria.

A GRECIA.

Como las olas de la mar sombría,
Tal es la libertad, pues por un lado
Un pueblo cubre, y deja abandonado
Otro pueblo á la horrenda tiranía.
Grecia fué centro del saber un día,
Muerto Alejandro, el griego degradado
Vió el país de los dioses subyugado,
Y del turco sufrió la ley impía.

Tornó á llenar su página en la historia;
Y si de Navarino en las arenas,
Al ver las llamas, símbolo de gloria,
Que abrasaban las naves sarracenas,
Cantó la Grecia el himno de victoria,
Pasaron á Polonia sus cadenas.

A POLONIA.

Calma, nación heróica, tu agonía,
Y contempla olvidando tus horrores,
Que mil pueblos se hicieron opresores
Y sufrieron después la tiranía.
Medio siglo cabal no há todavía
Que en Moscow y Marengo tus señores
Delante de los galos vencedores
Abatieron sus águilas un día.
Si andando el tiempo con la Europa embiste
Horda inmensa de bárbaros armada
Y ves al Czar doblar la frente triste,
Exclamarás á su enemiga aliada:
«Esas son las cadenas que me diste,
Tuyas son, te las vuelvo, estoy vengada.»

A VENECIA.

Voló aquel tiempo, de la mar Señora,
Que de Lepanto en la batalla fiera
Descogida á los vientos tu bandera
Tremolaba, del turco vencedora:
Desde el Hercúleo Calpe hasta la Aurora
Por tus naves el Ponto se cubriera,
Entónces fuiste como Albión guerrera
Y como ella tambien conquistadora.
Mas ¡ay! seguiste con presteza suma
El ejempio fatal de Roma y Grecia;
Quizá el viajero que observar presuma
Recorrerá la patria de Lucrecia,
Y al ver tus ruinas entre blanca espuma
«Hé aquí, dirá, los restos de Venecia.»